«ENTRETENIMIENTOS JUVENILES DE JOVINO»

UN MANUSCRITO DE MENENDEZ PELAYO Y UNA VERSION INEDITA DE LA «EPISTOLA DEL PAULAR»

Para llevar a cabo una buena edición crítica de las poesías de Jovellanos disponemos hoy de un material relativamente abundante: existen, por lo menos, tres colecciones manuscritas (de otras cinco tengo noticias, aunque ignoro su actual paradero), además de unos veinte manuscritos sueltos, (borradores del propio autor, copias en limpio de su letra o copias de letra ajena). Casi todo ello se encuentra en Bibliotecas públicas.

Una de las coleciones más importantes es la que se guarda en la de Menéndez Pelayo. De ella se tenían algunas referencias por el conocido trabajo de D. Miguel Artigas sobre los manuscritos de Jovellanos existentes en la Biblioteca [1]. Siendo copia, como veremos enseguida, de los *Entretenimientos juveniles de Jovino,* manuscrito que existía en la Biblioteca del Instituto de Gijón, quemada poco después de empezada nuestra última guerra civil, el manuscrito de Santander equivale al perdido, que era la mejor fuente de que debieran haberse servido los editores, aunque sólo la han utilizado en parte.

EL MANUSCRITO

Se encuentra el manuscrito entre los *Papeles de Jovellanos.* Lo poseyó primero Nocedal, pasó después a Amezúa y éste se lo regaló a don Marcelino. Su portada dice así:

1. *Manuscritos de Jovellanos en la Biblioteca de Menéndez Pelayo, (Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo,* 1921, pág. 118).

Poesías / Del / Excmo. Sor. Dn. Gaspar Melchor / de / Jove-Llanos. / Año de 1829.

A la vuelta de esta portada hay la siguiente nota:

«Están copiadas fielmente del manuscrito del Autor que se conserva en el Real Instituto Asturiano. A. J. Cavanilles [*firma y rúbrica*]. / El escribiente no sabía ortografía, y hay defectos fáciles de corregir» [la misma rúbrica; esta última frase de letra de Cavanilles].

En el fol. 2 comienza la copia, reproduciendo el título del manuscrito del Instituto: *Entretenimientos juveniles / de Jovino. / Gloria foelicis olim, viridisque juventae. / Boets.*

Es una magnífica copia, que consta de dos fols. en blanco, más 95 de texto, más 3 en blanco; sus hojas miden 29 x 20 cms; la caja de la escritura para los versos endecasílabos es de 23 x 9,5 cms., por término medio.

El manuscrito del Instituto había sido analizado por Somoza 2. Su contenido coincidía exactamente con el de nuestro manuscrito, salvo que Somoza se había saltado el idilio *A las manos de Clori*. He aquí el índice del manucristo Cavanilles:

Fol. 3: Carta dedicatoria a don Francisco de Paula Jovellanos, seguida, sin solución de continuidad, en el fol. 7, del idilio *A Paulino*, que aquí no lleva título. La colección se había hecho para don Francisco de Paula. Esta carta no aparece más que en el manuscrito del Instituto y en las copias derivadas de él.

Fol. 9: Como lema de toda la colección, los siguientes versos de Jacques Vanière: *Aussus non operam, non formidare poetae, / Nomen, adoratum quondam, nunc pene procaci / Monstratum digio* 3.

Fol. 10: Traducción del *Paraíso perdido* de Milton.

Fol. 33: *Epístola a Eymar.*

Fol. 37 v.: *Epístola de Jovino a sus amigos salmantinos.*

2. *Catálogo de manuscritos e impresos notables del Instituto de Jove-Llanos*, Oviedo, 1883, vol. XXVI, pág. 71. Llamaré *manuscrito del Instituto* al desaparecido, y *manuscrito Cavanilles* al de Santander.

3. Son los versos 3-5 del libro I del conocido *Praedium rusticum* (1707), libro que se conservaba en la Biblioteca del Instituto con la siguiente nota de Jovellanos: "Se acabó de leer segunda vez, en Madrid a 26 de marzo de 1779. "¡Decies repetita placebunt! Jobe Llanos" (B. Chamorro, *Breve historia de la Biblioteca de Jovellanos*, en *Bibliografía hispánica*, 1944, pág. 765).

Fol. 45 v.: *Oda en el nacimiento del primogénito de los marqueses de Caltojar.*

Fol. 48 v.: *Oda en la muerte de doña Engracia Olavide.*

Fol. 51: Traducción de dos fábulas de La Fontaine.

Fol. 53: *Epístola de Jovino a sus amigos de Sevilla.*

Fol. 60: Soneto *Quiero que mi pasión ¡oh Enarda! sea*

Fol 60: Soneto *Bello trasunto del semblante amado*

Fol. 60 v.: Soneto *Sentir de una pasión viva y ardiente*

Fol. 61: Soneto *De agudo mal el golpe no esperado*

Fol. 61 v.: *Historia de Jovino.*

Fol. 68: Traducción de un idilio de Montesquieu.

Fol. 72 v.: Idilio *Al sol.*

Fol. 74: Idilios *Anfriso a Belisa:* 1.° *Del Betis recostado;* 2.° *En vano te deleitas;* 3.° *Ya gracias a los dioses,* y 4.° *Belisa* (en las ediciones, Enarda), *al fin los cielos.*

Fol. 77 v.: Idilio *Mientras los roncos silbos*

Fol. 80 v.: Idilio *Ríñenme, bella Enarda*

Fol. 81 v.: Idilios *A Galatea:* 1.° *Mientras de Galatea;* 2.° *Mientras en raudos giros;* 3.° *No sale más galana,* y 4.° *Perdón, perdón mil veces*

Fol. 85: Idilio *A las manos de Clori.*

Fol. 86: *Cantinela a don Ramón de Posada y Soto.*

Fol. 87 v.: Idilio *Mientras Batilo canta*

Fol. 88: Idilio *A un solitario.*

Fol. 88 v.: Epigramas.

Fol. 89 v.: Idilio *A Anfriso.*

Fol. 91 v.: *Epístola del Paular.*

Aparte las faltas de ortografía advertidas por el propio Cavanilles, el escribiente, o quien le dictara, no entendía a veces la letra del original, y en tal caso dejaba un hueco, que no ha sido siempre rellenado. Los errores que comete son pocos y generalmente leves.

LA FECHA DEL MANUSCRITO

La fecha en que hizo su copia Cavanilles figura en la portada: 1829. Según Artigas era 1827, pero se trata de un disculpable error de lectura.

Ahora bien, este manuscrito es reproducción exacta del manuscrito del Instituto, y por tanto representa lo mismo que éste. De aquí que necesitemos conocer la fecha en que Jovellanos envió a su hermano don Francisco de Paula la compilación de sus poesías titulada *Entretenimientos juveniles de Jovino*. Esta fecha puede determinarse con bastante exactitud, teniendo en cuenta las siguientes consideraciones:

1.° Al frente de la colección figuraban unos versos del *Praedium rusticum* de Jacques Vanière, obra que Jovellanos había terminado de leer por segunda vez el 26 de marzo de 1779.

2.° Entre las poesías de fecha conocida es la más moderna la *Epístola del Paular* (1779). Faltan algunas posteriores que, de estar escritas, no hubiera dejado Jovellanos de incluir, pues entraron en otros manuscritos: tal los romances contra Huerta (1785) y las sátiras (1786 y 1787). En consecuencia, como hipótesis previa, el manuscrito del Instituto se compiló entre 1779 y 1785. Estos límites pueden estrecharse, teniendo en cuenta, de un lado lo que significa cierta inconsecuencia en el orden de las poesías, y de otro las dos versiones de la *Epístola del Paular*.

3.° En cuanto al orden de las poesías cabe observar: que desde el principio de la colección hasta el fol. 61 no se incluyen más que composiciones en endecasílabos; que a partir del fol. 61 v. comienzan las poesías en heptasílabos, que se terminan con los epigramas; que a continuación vienen dos poemas dedicados a Anfriso, el primero también en heptasílabos, pero el segundo en endecasílabos, que es la citada *Epístola del Paular*. Parece como si ambos poemas (sobre todo la Epístola) sólo hubiesen entrado a última hora en el manuscrito, o como si la copia de éste se hubiese terminado poco antes de escribirlos, por lo que no pudieron ser incluídos en lugar más oportuno.

4.° La fecha de la *Epístola del Paular* se conoce con exactitud: Ceán asegura que la escribió Jovellanos en la Cartuja del Paular, cuando un negocio de la Sala de Corte le condujo allí [4]. Se trataba de un robo cometido por un individuo, que, haciéndose pasar por sobrino de Campomanes, engañó a los incautos monjes [5]. En Gijón exis-

4. *Memorias*, pág. 294.
5. *Op. cit.*, pág. 28.

tía un legajo de esta comisión, con la fecha: *Madrid, julio 1779* 6. En consecuencia, fue en el verano de 1779 cuando Jovellanos escribió la *Epístola.* Pero la redacción de nuestro manuscrito es totalmente diferente, como veremos enseguida, a la que publicó en 1781 Antonio Ponz en su *Viaje de España* (tomo X). Esta segunda versión es la recogida, con una variante que indica que no procede del impreso, en el manuscrito 3809 de la Biblioteca Nacional de Madrid, y la que reedita Ceán en sus *Memorias,* siguiendo a Ponz. Sólo el manuscrito Cavanilles ofrece versión distinta. Enseguida veremos que esta versión es anterior a la publicada. De aquí se deduce que el manuscrito del Instituto, que recogía una versión anterior a la de 1781, ha de ser también anterior.

En consecuencia, si la primera versión de la Epístola es del verano de 1779, y si el ser incluída en el manuscrito del Instituto en último lugar significa que aquélla se había escrito mientras se copiaba éste y no antes, se deduce que el tantas veces citado manuscrito del Instituto se compilaba en la primavera o en el verano del año 1779, acaso poco después de la segunda lectura, enfervorizada, del *Praedium rusticum* de Vanière, terminada el 26 de marzo.

Ahora bien, Somoza decía en 1883: «Todas estas poesías [del manuscrito del Instituto] están en la colección del Sr. Noeedal; mas conviene advertir que difieren en su texto de las del presente libro. La autenticidad de éste no puede negarse, pues casi todas están corregidas o retocadas de letra de Jovellanos» 7. Si poseyéramos el manuscrito del Instituto, ninguna dificultad habría, es claro, en saber cuál era el texto primitivo de él y en compararle con los otros manuscritos, separando las correcciones y hasta incluso determinando la fecha en que se hicieron. Faltándonos esta posibilidad, la simple comparación de las lecciones del manuscrito Cavanilles con las de otros manuscritos sirve de muy poca cosa, pues apenas existiría otro criterio para distinguir las lecciones originales de las corregidas que el criterio personal, muy poco científico y expuestísimo a error.

Lo único que se puede asegurar es que el manuscrito Cavani-

6. Carta de Junquera Huergo a Fernández Vallín, fha. Gijón, 28-4-1860 (Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo, *Papeles de Jovellanos,* cit., pág. 34). Junquera dice: "Es muy curioso y por esto vale un millón".

7. Somoza, *Op. cit.,* pág. 71.

lles recoge la lección corregida de su original, y por tanto, sus textos no son exactamente de 1779, año en que se copió aquél. En general puede afirmarse que las correcciones son posteriores a 1791, en cuyo otoño, Jovellanos pasó a Gijón, pudiendo por ello disfrutar directamente el ejemplar que había enviado diez años antes a su hermano. En este sentido el manuscrito Cavanilles ofrece indudablemente textos que pueden considerarse posteriores, en la mayor parte de los casos, a los de otros manuscritos o impresos [8]. Pero Somoza había dicho que «*casi* todas» las poesías estaban corregidas, lo que significa que en algún caso puede ser posterior la versión de otro manuscrito.

En resumen: el manuscrito del Instituto se copió en 1779; pero el manuscrito Cavanilles representa un estado posterior. Por la primera conclusión sabemos la fecha *ante quam* de las poesías sin datar; por la segunda podemos aceptar como lección posterior la que aparezca allí, si otros datos no demuestran cosa en contrario.

EL MANUSCRITO CAVANILLES Y LOS IMPRESOS

Somoza señala la existencia de variantes entre la colección de Nocedal y el manuscrito del Instituto. Estas diferencias existen también entre la edición de la B. A. E. y el manuscrito Cavanilles. Como Nocedal se sirve de la edición de Cañedo, o cualquiera de sus derivadas, todas las ediciones de las poesías de Jovellanos ofrecen un texto diferente al del manuscrito Cavanilles.

Un punto que interesa dilucidar es la relación existente entre nuestro manuscrito y los impresos. Cañedo no suele citar la fuente de sus textos, que toma de lugares distintos. Sabemos que tuvo presente un manuscrito que poseía Fernández de Navarrete, que debía de ser semejante al 3809 de la Biblioteca Nacional; que hubo de servirse de copias sueltas, y que tuvo también en cuenta o el manuscrito del Instituto o una copia de él, ya que sólo éste incluía la *Carta dedi-*

8. No me es posible detenerme ahora en la comparación de todos los manuscritos, porque ocuparía demasiado espacio. Este trabajo, ya realizado, se publicará proximamente; pero aprovecho las conclusiones aquí, y por ello me permito considerar, sin más examen, los textos de Cavanilles posteriores a todas las demás versiones, salvo en algún caso particular, como la *Epístola del Paular*, que impresa ya en su versión definitiva desde 1781, no necesitaba corrección alguna.

toria a don Francisco de Paula y el idilio *A Paulino*. El manuscrito Cavanilles no pudo ser el utilizado, dadas las variantes que hay entre él y Cañedo. Como el manuscrito Cavanilles es el mismo manuscrito del Instituto, pero corregido ya por Jovellanos, la única hipótesis aceptable es que Cañedo utilizó una copia del manuscrito del Instituto sacada cuando éste se encontraba sin corregir. Por lo tanto su texto podría ser el primitivo del manuscrito *Entretenimientos juveniles*, aunque para trabajar sobre esta base necesitaríamos datos más seguros que los que ofrece el estado actual de la erudición jovellanista.

LOS IDILIOS DE ANFRISO A BELISA

No es posible ofrecer aquí una lista, que alargaría demasiado estas páginas, de las innumerables variantes del manuscrito Cavanilles, ni me parece necesario, dado que aparecerá pronto una edición crítica que, hecha sobre la confrontación de todos los manuscritos, satisfará mejor la curiosidad del erudito. Sólo voy a tratar de los idilios de *Anfriso a Belisa*, de la traducción de Milton y de la *Epístola del Paular*.

Ya Artigas había dicho que la confusión de los idilios de *Anfriso a Belisa* se deshacía con la consulta de este manuscrito. Efectivamente, de los seis idilios que aparecen agrupados bajo este título en Cañedo y en Nocedal, sólo los cuatro primeros pertenecen al grupo; los otros dos, aunque van a continuación, están dedicados a Enarda y no forman grupo con los cuatro anteriores. Además, esos cuatro idilios primeros no dan en ningún momento el nombre de Enarda a la amada, sino el de Belisa.

Como Anfriso fue nombre poético que aplicó Jovellanos en 1779 a don Mariano Colón de Larreátegui, y bajo el cual le dirigió un idilio y la *Epístola del Paular*, pudo creerse que los cuatro idilios de que trato se referían al mismo Colón, y hasta se pudo pensar que la mujer llamada poéticamente Belisa jugaba con Jovino y con Anfriso. La interpretación no dejaba de ser, si no absurda, muy aventurada; pero conociendo la fecha del manuscrito del Instituto las cosas tienen explicación diferente.

Jovellanos llega a Madrid, procedente de la Audiencia de Sevilla, el 13 de octubre de 1778, al mismo tiempo que Colón, que procedía

de la Chancillería de Granada, y había sido ascendido también a Alcalde de Casa y Corte 9. Es casi seguro que hasta entonces los dos flamantes alcaldes ni habían tenido trato, ni acaso se conocieran personalmente. La amistad debió comenzar a finales de 1778. Al año siguiente Jovellanos dedicaría a Anfriso poesías; pero los idilios de Belisa habían sido escritos en Sevilla, como se deduce claramente del primero, en el que se habla del Guadalquivir. El mismo nombre poético sirvió, pues, para dos personas, y el de los idilios se refería al propio Jovellanos. *Anfriso,* por otro lado, si no es nombre poético corriente en el siglo XVIII, era bastante conocido y se aplicó a personas diversas, la primera vez, si no me equivoco, por nuestro poeta. Era un nombre latino, de origen virgiliano: Virgilio usó, efectivamente, el adjetivo *amphrysius* como equivalente de *amphrysiacus,* 'perteneciente a Apolo' derivado del nombre *Amphrysus,* que designaba a un río de Tesalia, a cuyas orillas, según la mitología, llevaba Apolo a pastar los rebaños del rey Admeto. Jovellanos castellanizó el adjetivo en *Anfriso,* dándole el valor de 'destinado a Apolo', 'poeta'.

LA TRADUCCION DE MILTON

Uno de los poemas que mayor cantidad de variantes ofrece en comparación con el texto impreso es la traducción del primer canto del *Paraíso perdido* de Milton. Las variantes son considerables en los primeros 400 versos, y abundan en el resto de los 1055 de que consta. Sabemos por los *Diarios* que el 26 de mayo de 1796, corregía Jovellanos esta traducción, porque le «gustaba poco» la versión anterior. No encuentro más anotaciones sobre este objeto, pero es de suponer que trabajase más días en lo mismo.

Ahora bien, el único manuscrito, fuera del de Cavanilles, que incluye esta traducción es el 3809 de la Biblioteca Nacional de Madrid (fechado en 1796), y su texto coincide con el impreso, salvo en muy pequeños detalles. Cabe suponer, por tanto, que las correcciones de que habla Jovellanos se efectuaron sobre el manuscrito del Instituto

9. Mariano Colón de Larreátegui tomó posesión de su cargo de Alcalde de Casa y Corte el 21 de octubre de 1778 y Jovellanos lo había hecho el día anterior (Archivo Histórico Nacional, Alcaldes de Casa y Corte, lib. 1170, fechas citadas).

y son las que hacen distinta la versión del manuscrito Cavanilles. Este representa, por tanto, una versión posterior, más del agrado de Jovino.

En la imposibilidad de reeditar ahora, con la debida anotación, un poema demasiado largo para artículo de revista, ofrezco sólo unos versos, escogidos al azar, primero en la versión publicada, después en la del manuscrito Cavanilles, señalando en cursiva las variantes. Son los versos 169-202, en los que Belcebú responde a Satán:

¡Oh príncipe, oh caudillo de las altas
potestades del cielo, que guiando
los bravos serafines a la guerra
en cerrada falange, fuiste asombro,
con hechos memorables, del Empíreo,
susto del Rey eterno, y disputaste
la excelsa primacía, que a El la fuerza,
el hado o la fortuna adjudicaron!
Demasiado conozco y siento el triste
caso de aquella rota ignominiosa
que nos privó del cielo, derribando
nuestro brillante ejército a este abismo,
do yace destruído, cuanto pueden
ser las puras sustancias destruídas.
Empero, aun vive el ánimo invencible,
y bien que oscurecida nuestra gloria
y todas nuestras dichas, en este hondo
piélago de miserias anegadas,
el antiguo vigor renacer siento.
Pero si el Vencedor omnipotente
(que tal le creo, pues vencernos pudo)
sólo nos ha dejado nuestras fuerzas
y espíritu sin mengua, para hacernos
sufrir y soportar los crueles males
que su insaciable ira nos prepara;
o si, ya que el derecho de la guerra
nos hace esclavos suyos, quiere sólo
que cual esclavos viles le sirvamos
en este horrible infierno, ejecutores
por la honda oscuridad de sus designios,
¿de qué nos servirá sentir sin mengua
nuestra ángelica fuerza, o del ser nuestro
la eterna duración, eterna sólo
para sufrir sin fin eternos males?

En el manuscrito Cavanilles estos versos son así:

¡Oh príncipe, oh caudillo de las altas
potestades del cielo, que, guiando
con tu falange numerosa al choque
los bravos serafines, fuiste asombro,
con altos hechos, del Empíreo, y diste
susto al *eterno Rey,* y disputaste
la excelsa primacía, *que la* fuerza
y fortuna tal vez le adjudicaron!
Por demás siento el caso lastimoso
de la pasada rota, que con mengua
nos arrancó del cielo, derribando
nuestro brillante ejército a este abismo,
deshecho y destruído, cuanto pueden
ser las *sustancias puras* destruídas.
Empero, vive el ánimo invencible,
y *aunque ofuscada la nativa* gloria
y todo nuestro bien, en este hondo
piélago de miserias *anegado,*
el antiguo vigor renacer siento.
Mas ¡ay!, si el Vencedor omnipotente
(que tal le creo, pues vencernos pudo)
conserva astuto la nativa fuerza
de nuestro espírtu, sólo para hacernos
resentir más y más los crueles males
que su *implacable* ira nos prepara;
o si, *pues la ley dura* de la guerra
nos *hizo* esclavos suyos, quiere sólo
que cual esclavos viles le sirvamos
en este horrible infierno, ejecutores
por la honda escuridad de sus designios,
¿de qué nos *sirve, di,* sentir sin mengua
nuestro ángelico brío, o del ser nuestro
la eterna duración, eterna sólo
para sufrir sin fin eternos males?

Basta este breve fragmento para advertir cuántas han sido las correcciones; aunque el contenido tiene que ser el mismo, por tratarse de una traducción, el manuscrito Cavanilles ofrece una versión muy distinta, que es la que debiera tenerse en cuenta, puesto que es posterior.

LA EPISTOLA DEL PAULAR

a) Fecha de las dos versiones.

El manuscrito Cavanilles nos permite afinar el texto de casi todas las poesías que comprende y dar versiones mejores que las conocidas; pero hay un caso de gran valor crítico, porque el texto del manuscrito es totalmente diferente del que el público conoce: me refiero a la *Epístola del Paular* 10.

Las fechas de ambas versiones, conocida e inédita, han sido apuntadas ya: la conocida fue impresa por primera vez en 1781, en el tomo X del *Viaje de España* de Ponz, y puede datarse entre el verano de 1779 y 1781. Esta es la versión transcrita en el manuscrito 3.809 de la Biblioteca Nacional de Madrid, en cuya portada se lee la fecha 1796, y que no copia directamente a Ponz, puesto que en el título y en el verso 5 se lee *Jovino* donde el impreso decía *Fabio,* coincidiendo con el manuscrito Cavanilles.

En cuanto a la fecha de la versión inédita, no puede ser otra que 1779, año en que se copia el manuscrito del Instituto, y que es el mismo en que se escribe por primera vez el poema; pero como para determinar la fecha del manuscrito del Instituto me he fundado en parte en la anterioridad de la versión inédita sobre la publicada, es esta anterioridad la que ahora necesito justificar.

La versión del manuscrito Cavanilles se subtitula «Epístola elegíaca». Es, efectivamente, una elegía amorosa, en la que Jovino canta los desengaños provocados por la inconstancia de la infiel Enarda. Por el contrario, la Epístola conocida trata de los desengaños del mundo y de la felicidad del monje retirado. La primera se refiere a un asunto concreto, y al hablar con Anfriso lo hace como con aquel que ha compartido las dichas y los desengaños, pues Enarda y Lisi, las amadas de ambos, eran amigas; la segunda ha suprimido casi

10. La *Epístola del Paular* es conocida también con el título *de Epístola de Fabio a Anfriso;* pero tanto el manuscrito Cavanilles como el 3809 de la Biblioteca Nacional de Madrid la conocen por el de *Epístola de Jovino a Anfriso,* y en ambos manuscritos el verso 5 dice: "Jovino triste al venturoso Anfriso", en vez del conocido: "el triste Fabio al venturoso Anfriso". Por tanto, el sustituir *Jovino* por *Fabio* fue sólo un medio para evitar la identificación del autor, cuando Jovellanos la publicó en 1781.

todas las referencias a hechos concretos y se ha hecho más general, más universal, y Anfriso no es ya sino el amigo a quien Jovino comunica sus meditaciones. Estas diferencias indican claramente que la versión inédita es la más antigua, porque lo natural y lógico es pasar de lo concreto a lo general, de lo más personal a lo más universal, y no al contrario. La versión inédita tuvo que ser engendrada directamente en el monasterio del Paular, en los primeros días del verano de 1779. El abandono de Enarda estaba muy reciente, y Jovellanos no podía transitar por los claustros silenciosos, ni pasear por el bosque sombrío, sin recordar a cada instante la felicidad pasada y la tristeza presente. Lo que menos haría entonces el poeta era meditar en la dicha de vivir retirado allí, lejos de los placeres del mundo. Esta meditación es posterior, cuando el dolor por la pérdida de la amada se había aplacado y pasado quizás a segundo plano.

Al año siguiente, Jovino corrigió profundamente la Epístola, dejándola lista para poder darla a la publicidad, con las reservas necesarias para que nadie, salvo el estrecho grupo de amigos íntimos, supiera que era suya. De estas correcciones hablaremos enseguida; pero ahora nos interesa subrayar la de los versos 14-28, que indican también anterioridad de la versión inédita. La primera frase está en tercera persona, por la introducción de un sujeto gramatical explícito: «el cuitado». La siguiente (versos 17-20), está también en tercera persona, como lo indica el posesivo *su;* pero la forma verbal empleada (*supiera, huyera, gozara*), se prestaba al equívoco, y a que la frase de los versos 21-24, en la que no existe ningún elemento lingüístico indicador de la persona, pudiera interpretarse tanto en primera como en tercera. Esta transición permite que en los versos siguientes se aclare el equívoco con un adjetivo posesivo, pero esta vez de primera persona («*mi* angustiado pecho»). Desde ahí, el poeta continúa ya hablando en primera persona. En la versión editada, este equívoco y esta transición no existe. El *mi* del verso 28 ha sido sustituído por *su,* y la tercera persona continua hasta el verso 37. El siguiente introduce ya la primera, sin nada en los anteriores que pueda gramaticalmente motivarla; el cambio brusco es un gran acierto estilístico, al pasar de admiraciones referidas a una persona innominada, general *(el cuitado, el que arrastra la cadena del mundo, el triste),* al poeta mismo, sobre el que ahora se concentra todo.

Por otra parte, aunque ningún juicio cronológico deba fundarse sobre la opinión personal del valor poético de una variante, si con los datos antecedentes observamos minuciosamente las dos versiones, también tendremos que concluir que la segunda es, técnica y estilísticamente, superior a la primera, y por lo tanto cabe sospechar que posterior a ella.

Todos estas consideraciones nos llevan a la conclusión de que la Epístola fue escrita hacia julio de 1779 en la forma que nos conserva el manuscrito Cavanilles, y corregida poco después en la forma en que se ha editado. Por tal razón, cuando un manuscrito fechado en 1796 la copia, y no de Ponz, se sirve de un original posterior a 1779, idéntico al de 1781.

Toda esta disquisición cronológica tiene su importancia. Sabiendo que la primera versión de la Epístola es del verano de 1779, y teniendo en cuenta el soneto *Cuando de amor la flecha penetrante* [11] se puede concretar mucho la cronología de los amores de Jovellanos con la mujer llamada poéticamente Enarda.

El soneto nos dice que, cuando ni Jovino ni Enarda habían tenido ningún otro amor, se conocieron y se amaron; una ausencia de Enarda, no sus desdenes, la hicieron olvidarse del poeta. Diez años más tarde se encuentran de nuevo; pero una vez más Enarda se olvida de Jovino y en su ausencia se enamora de otro. La Epístola nos da la fecha del segundo olvido de Enarda: primavera de 1779, durante una ausencia de Jovellanos. El nuevo encuentro hubo de efectuarse entre el 13 de octubre de 1778, día en que Jovellanos llega a Madrid, y la primavera de 1779. Restando de aquí diez años, nos encontramos a finales de 1768 o principios de 1769.

Jovellanos había llegado a Sevilla el 28 de marzo de 1768. El amor por Enarda debió nacer pronto. La ausencia de la amada ocurriría a finales de 1768 o a principios de 1769. Por eso en 1775, al hablar de ella en la *Historia de Jovino*, declara que es cosa muy anterior, pues los olmos tiernos sobre los que ambos escribían sus nombres han tenido tiempo de ser «encumbrados a más alta región por el raudo «tiempo». Por tanto, las poesías dedicadas a Enarda deben fecharse

11. Biblioteca Nacional de Madrid, ms. 12.958, n.º 35. Lo ha publicado Georges Demerson, *Quatre poèmes inédits de Jovellanos, en Bulletin Hispanique*, LVIII, 1956, pág. 46.

entre 1768-1769 y 1778-1779, ya que ninguna hay que no haya sido incluída en el manuscrito del Instituto. Con todos estos datos, y reservando para otra ocasión la comparación con los que los manuscritos y las mismas poesías suministran, se puede adelantar bastante en la cronología de la obra poética de Jovellanos 12.

b) Los textos y sus principales diferencias.

Antes de seguir, será conveniente que el lector pueda leer y comparar los dos textos de la Epístola. El de la izquierda es el inédito, y el de la derecha el que editó Ponz. Las variantes del ms. 3.809 de la Biblioteca Nacional van en nota. El texto en cursiva indica las diferencias de la versión publicada respecto de la inédita.

JOVINO A ANFRISO

(EPISTOLA ELEGIACA) 13

Credibile est illi Numen inesse loco.
OVIDIO

MANUSCRITO CAVANILLES	TEXTO DE PONZ
Desde este oculto y venerable asilo,	Desde *el* oculto y venerable asilo,
do la virtud austera y penitente	do la virtud austera y penitente
vive ignorada, y del liviano mundo	vive ignorada, y del liviano mundo

12. La vida amorosa de Jovellanos se concreta en los nombres poéticos siguientes: Enarda, Clori, Marina, Belisa, Galatea y Alcmena. Los cuatro primeros creo que se refieren a la misma mujer; Galatea es con seguridad distinta, mujer de Sevilla, que en Sevilla queda en 1778, y con la que Jovellanos debió tener más una entrañable amistad, con algunos ribetes amorosos, que unas relaciones amorosas; Alcmena es posterior a 1779, pues no aparece todavía en el manuscrito del Instituto, y sin embargo consta que en 1782 continuaba el idilio, o más que idilio, pues Batilo felicitaba a Jovino "por el bello niño de Alcmena la bella"; quizás no sea la misma mujer que Enarda. No puedo entrar ahora en más detalles.

13. El título de Ponz es: *Fabio a Anfriso. / Epístola.* El del manuscrito 3809 de la Biblioteca Nacional de Madrid: *Epístola de Jovino a Anfriso, escrita desde el Paular.*

huída en santa soledad se esconde,
Jovino triste el venturoso Anfriso
salud en versos flébiles envía.
Salud envía a Anfriso, al favorito
de Apolo y de las Musas, y al que [supo
dulce parar con su cantar sabroso
del Manzanares la imperial corrien- [te
y la atención de sus soberbias nin- [fas.
¡Pluguiera a Dios, oh Anfriso, que [el cuitado
a quien su hado no guarda tal ven- [tura
supiera huir del mundo los peligros!
¡Pluguiera a Dios que ya que a tan [seguro
puerto arribó su pobre navecilla,
supiera entrarla cuerdo en este abri- [go,
de tan santos ejemplos enseñado!
Huyera 16 así la furia tempestuo- [sa
de los contrarios vientos, los escollos
y las fieras borrascas, tantas veces
¡ay! entre susto y lágrimas corri- [das.
Así también del mundanal tumulto
lejos, y en estos montes guarecido,
gozara alguna vez ¡ay! del reposo,
que hoy desconoce mi angustiado [pecho.
Mas ¡ay de mí!, que hasta en el [santo asilo

huída en santa soledad se esconde,
el triste Fabio 14 al venturoso An- [friso
salud en versos flébiles envía.
Salud *le* envía a Anfriso, al *que ins-* [*pirado*
de las mantuanas Musas, tal vez [*suele*
al grave son de su celeste canto
precipitar del viejo Manzanares
el curso perezoso, tal süave
suele ablandar con amorosa lira
la altiva condición de sus zagalas.
¡Pluguiera a Dios, oh Anfriso, [que el cuitado
a quien *no dio la suerte* tal ventura
pudiese huir del mundo *y sus* peli- [gros!
¡Pluguiera a Dios, *pues ya* 15 *con su* [*barquilla*
logró arribar a puerto tan seguro,
que esconderla supiera en este abrigo,
a tanta luz y ejemplos enseñado!
Huyera así la furia tempestuosa
de los contrarios vientos, los escollos
y las fieras borrascas, tantas veces
entre sustos y lágrimas corridas.
Así también del mundanal tumulto
lejos, y en estos montes guarecido,
alguna vez gozara del reposo,
que hoy *desterrado de su pecho vive.*
Mas, ¡ay de *aquél que hasta* en [el santo asilo

14. *Jovino triste,* ms. 3809, coincidiendo con el ms. Cavanilles.
15. *En,* ms. Cavanilles.
16. En el ms. Cavanilles: *hubiera.*

de la virtud me acosa y me persigue
la imagen enemiga, la importuna
divina imagen de la infiel Enarda.

Busco por estos claustros sílen-
[ciosos
el reposo y la paz que mora en ellos,
y sólo encuentro la inquietud funesta
que mi razón altera y mis sentidos.
Busco paz y reposo, pero en vano
los busco, oh dulce Anfriso, que
[estos dones,
herencia santa que al subir al cielo
dejó a su prole el penitente Bruno,
nunca en profano corazón entraron,
ni a pecho esclavo del amor se die-
[ron.
Conozco bien que fuera de este
[asilo
sólo me guarda el hado sinrazones,
crudos desdenes, fieros desengaños,
susto y dolor; empero todavía
a estar en él no puedo resolverme.
No puedo resolverme, y despechado,
sigo el impulso del fatal destino,
que a tanta ruina y tanto mal arras-
[tra.
Sigo su fiero impulso, y llevo siem-
[pre
por todas partes fija en mi memoria
la imagen enemiga, y en mi pecho
del crudo amor la flecha atravesada.
De amor y angustia el alma malhe-
[rida,
pido a la muda soledad consuelo
y con dolientes quejas la importuno.

de la virtud *arrastra la cadena,*
la pesada cadena, con que el mundo
oprime a sus esclavos! ¡Ay del triste
en cuyo oído suena con espanto,
por esta oculta soledad rompiendo,
de su señor el imperioso grito!
Busco *en estas moradas silenciosas*
el reposo y la paz que *aquí se es-*
[*conden,*
y sólo encuentro la inquietud fu-
[nesta
que *mis sentidos y razón conturba.*
Busco paz y reposo, pero en vano
los busco, oh *caro* Anfriso, que estos
[dones,
herencia santa, que al *partir del*
[*mundo*
dejó *Bruno en sus hijos vinculada,*
nunca en profano corazón entraron,
ni *a los parciales del placer* se dieron.
Conozco bien que fuera de este
[asilo
sólo me guarda el *mundo* sinrazones,
vanos deseos, duros desengaños,
susto y dolor; empero todavía
a *entrar* en él no puedo resolverme.
No puedo resolverme, y despechado,
sigo el impulso del fatal destino,
que a *muy más dura esclavitud me*
[*guía.*
Sigo su fiero impulso, y llevo siem-
[pre
por todas partes los *pesados grillos,*
que de la ansiada libertad me pri-
[*van.*
De *afán* y angustia el *pecho tras-*
[*pasado,*
pido a la muda soledad consuelo
y con dolientes quejas la importuno.

Salgo al ameno valle, subo al monte,
sigo del claro río las corrientes,
busco la fresca y deleitosa sombra,
corro por todas partes, y no encuen-
[tro
en parte alguna la quietud perdida.
¡Ay, Anfriso, qué escenas a mis
[ojos
ofrece el cielo, de llorar cansados!
Rodeado de frondosos y altos mon-
[tes
se extiende un valle, que de mil de-
[licias
con sabia mano ornó Naturaleza.
Pártele en dos mitades, despeñado
de las vecinas rocas, el Lozoya,
por sus truchas famoso y dulces
[aguas.
Del claro río sobre el verde margen
crecen frondosos álamos, que al cie-
[lo
ya erguidos alzan las plateadas co-
[pas,
o ya sobre las aguas encorvados
en mil figuras, miran con asombro
su forma en los cristales retratada.
De la siniestra orilla un bosque om-
[brío
hasta la falda del vecino monte
se extiende, sitio ameno y delicioso,
morada de algún Dios, o a los mis-
[terios
de las silvanas ninfas consagrado.
Aquí dirijo mis inciertos pasos,
y en su recinto ombrío y silencio-
[so,
mansión la más conforme para un
[triste,
entro a llorar tibiezas de una ingra-
[ta.
La grata soledad, la dulce sombra,
el aire blando y el silencio mudo
mi triste suerte y mi dolor adulan.

Salgo al ameno valle, subo al monte,
sigo del claro río las corrientes,
busco la fresca y deleitosa sombra,
corro por todas partes, y no encuen-
[tro
en parte alguna la quietud perdida.
¡Ay, Anfriso, qué escenas a mis
[ojos,
cansados de llorar, presenta el cielo!
Rodeado de frondosos y altos mon-
[tes
se extiende un valle, que de mil de-
[licias
con sabia mano ornó Naturaleza.
Pártele en dos mitades, despeñado
de las vecinas rocas, el Lozoya,
por su *pesca* famoso y dulces aguas.
Del claro río sobre el verde margen
crecen frondosos álamos, que al cielo
ya erguidos alzan las plateadas co-
[pas.
o ya sobre las aguas encorvados
en mil figuras miran con asombro
su forma en los cristales retratada.
De la siniestra orilla un bosque om-
[brío
hasta la falda del vecino monte
se extiende, *tan* ameno y delicioso,
que le hubiera juzgado el gentilismo
morada de algún dios, o a los mis-
[terios
de las silvanas *dríadas guardado.*
Aquí *encamino* mis inciertos pasos,
y en su recinto ombrío y silencioso,
mansión la más conforme para un
[triste,
entro a *pensar en mi crüel destino.*
La grata soledad, la dulce sombra,
el aire blando y el silencio mudo
mi *desventura* y mi dolor adulan.

No alcanza aquí del padre de las [luces
el rayo atisbador, ni su reflejo
viene a cubrir de confusión el ros- [tro
de un infeliz en lágrimas bañado.
El canto de las aves no interrumpe 100
aquí tampoco la quietud de un tris- [te,
pues sólo de la viuda tortolilla
se oye tal vez el lastimoso arrullo,
[tal vez el melancólico trinado] 17
de la angustiada y dulce Filomena. 10
Con blando impulso el céfiro süa- [ve
las copas de los árboles moviendo,
recrea el alma con el manso ruido;
mientras al leve soplo desprendidas
las agostadas hojas, revolando, 110
bajan en lentos círculos al suelo;
cúbrenle en torno, y la frondosa [pompa
que al árbol adornara en primavera,
yace marchita, y muestra los rigores
del abrasado estío y seco otoño. 115
¡Así también de juventud lozana
pasan, oh Anfriso, las livianas di- [chas!
Un soplo de inconstancia, de dis- [gusto
o de capricho femenil las tala
y las derriba al suelo, cual las ho- 120 [jas
de los marchitos árboles caídas.
Aquí, pues, escondido, lloro a so- [las
de la inconstante Enarda los desde- [nes
y el acerbo dolor de mi destino.
Aquí solo, a mis penas entregado 125
y sumergido en tristes pensamientos,
las pasadas venturas y el presente

No alcanza aquí del padre de las [luces
el rayo *acechador*, ni su reflejo
viene a cubrir de confusión el rostro
de un infeliz en *su dolor sumido*.
El canto de las aves no interrumpe
aquí tampoco la quietud de un [triste,
pues sólo de la viuda tortolilla
se oye tal vez el *lastimero* arrullo,
tal vez el melancólico trinado
de la angustiada y dulce Filomena.
Con blando impulso el céfiro süave
las copas de los árboles moviendo,
recrea el alma con el manso ruido;
mientras al *dulce* soplo desprendidas
las agostadas hojas, revolando,
bajan en lentos círculos al suelo
cúbrenle en torno, y la frondosa [pompa
que al árbol adornara en primavera,
yace marchita, y muestra los rigores
del abrasado estío y seco otoño.
Así también de juventud lozana
pasan, oh Anfriso, las livianas di- [chas!
Un soplo de inconstancia, de *fastidio*
o de capricho femenil las tala
y *lleva por el aire*, cual las hojas
de los *frondosos* árboles caídas.

17. Falta este verso en el ms. Cavanilles, pero es necesario.

funesto mal renuevo en mi memo-
[ria.
¡Ay, Dios! ¡Qué diferencia tan no-
[table
va del presente tiempo al ya pasado! 130
¡De aquel tiempo en que Enarda la
[inconstante,
de ardiente amor el corazón tocado,
sólo por su Jovino suspiraba!
¡Tú lo sabes, oh Anfriso! ¡Cuántas
[veces
fuiste en nuestros amores mediane- 135
[ro!
¡Cuántas con amistad tierna y senci-
[lla
la fée de una perjura me afianzabas,
la fée violada ya, que desde enton-
[ces
ser falsa y desleal me parecía!
No lo dudes, decías, no, Jovino: 140
Enarda te ama, y de su fée sincera
yo puedo darte el parabién cumpli-
[do;
Enarda te ama: Lisi, confidente
de su pasión, lo sabe de su boca,
y me lo dijo anoche; Enarda te 145
[ama,
y en su sencillo corazón no caben
engaño ni doblez. ¡Ojalá Anfriso
tanto, añadías, confiar pudiese
de la fée y las promesas de su Li-
[si.
¡Cuitados de nosotros, cómo 150
[entrambas
de nuestro amor sencillo se
[burlaron
¡Cómo a los dos las pérfidas ven-
[dieron!

Creímoslas incautos, y en pos de
[ellas
corrimos sin recelo al precipicio,
do nuestro error y su doblez guiaba. 155

Ciegos empero y tras su vana som-
[*bra*
de contino exhalados, en pos de
[ellas
corremos hasta hallar el precipicio,
do nuestro error y su *ilusión nos*
[*guían.*

Corrimos en pos de ellas, como sue-
[le
correr a la dulzura del reclamo
incauto el pajarillo. Entre las hojas
el preparado visco le detiene;
lucha cautivo por volar en vano,
y el cazador, que en asechanza atis-
[ba,
con mano infiel la libertad le roba
y a muerte le condena, o cárcel
[dura.

Volamos en pos de ellas, como suele
volar a la dulzura del reclamo
incauto el pajarillo. Entre las hojas
el preparado visco le detiene;
lucha cautivo por *huir, y* en vano,
porque un traidor, que en asechanza
[atisba,
con mano infiel la libertad le roba
y a muerte le condena, o cárcel dura.

¡Ah, dichoso el mortal de cuyos
[*ojos*
un pronto desengaño corrió el velo
de la ciega ilusión! ¡Una y mil ve-
[*ces*
dichoso el solitario penitente,
que, triunfando del mundo y de sí
[*mismo,*
vive en la soledad libre y contento!
Unido a Dios por medio de la santa
contemplación, le goza ya en la
[*tierra;*
y retirado en su tranquilo albergue,
observa reflexivo 18 *los milagros*
de la naturaleza, sin que nunca
turben el susto ni el dolor su pecho.
Regálanle las aves con su canto
mientras la aurora sale refulgente
a cubrir de alegría y luz el mundo.
Nácele siempre el sol claro y bri-
[*llante,*
y nunca a él levanta conturbados
sus ojos, ora en el oriente raye,
ora del cielo a la mitad subiendo
en pompa guíe el reluciente carro,
ora con tibia luz, mas perezoso,
su faz esconda en los vecinos mon-
[*tes.*
Cuando en las claras noches cui-
[*dadoso*
vuelve desde los santos ejercicios,

18. Ms. 3809: *reflexible.*

la plateada luna en lo más alto
del cielo mueve la luciente rueda
190 *con augusto silencio; y recreando*
con blando resplandor su humilde
[*vista,*
eleva su razón, y la dispone
a contemplar la alteza y la inefable
gloria del Padre y Criador del
[*mundo.*
195 *Libre de los cuidados enojosos,*
que en los palacios y dorados techos
nos turban de contino, y entregado
a la inefable y justa Providencia,
si al breve sueño alguna pausa pide
200 *de sus santas tareas, obediente*
viene a cerrar sus párpados el sueño
con mano amiga, y de su lado ahu-
[*yenta*
el susto y las fantasmas de la noche.
¡Oh suerte venturosa, a los amigos
205 *de la virtud guardada! ¡Oh di-*
[*cha, nunca*
de los tristes mundanos conocida!
¡Oh monte impenetrable! ¡Oh bos-
[*que ombrío!*
¡Oh valle deleitoso! ¡Oh solitaria
taciturna mansión! ¡Oh quién, del
[*alto*
210 *y proceloso mar del mundo huyendo*
a vuestra eterna calma, aquí seguro
vivir pudiera siempre, y escondido!

Tales cosas repaso en mi memo-
[ria,
en esta triste soledad sumido.
Llega en tanto la noche, y con su
[manto
cobija el ancho mundo. Entonces
[vuelvo
a los medrosos claustros. De una es-
[casa
luz el distante y pálido reflejo
guía por ellos mis inciertos pasos.

Tales cosas *revuelvo* en mi me-
[moria,
en esta triste soledad sumido.
215 Llega en tanto la noche, y con su
[manto
cobija el ancho mundo. *Vuelvo en-*
[*tonces*
a los medrosos claustros. De una es-
[casa
luz el distante y pálido reflejo
guía por ellos mis inciertos pasos;
22 y en medio del horror y del silen-
[cio,

¡O fuerza del ejemplo milagrosa!,
en medio del horror y del silencio
mi corazón palpita, en mi cabeza
se erizan los cabellos, se estreme-
[cen
mis carnes, y discurre por los miem- 225
[bros
un súbito temor que los embarga.
Parece que oigo que del centro
[oscuro
sale una voz medrosa, y que rom-
[piendo
el eterno silencio, así me dice:
"Huye de aquí, profano, tú que lle- 230
[vas
"de ideas mundanales lleno el pecho,
"huye de esta mansión, santo reflejo
"do la virtud contrita y penitente
"vive escondida; huye y no profa-
[nes
"con tu planta sacrílega este asilo". 235
De aviso tal al golpe confundido,
con paso vacilante voy cruzando
los silenciosos tránsitos, y llego
por fin a mi morada, donde ni hallo
el ansiado reposo, ni recobran 240
la suspirada calma mis sentidos.
Lleno de congojosos pensamientos
paso la triste y perezosa noche
en molesta vigilia, sin que cierre
mis párpados el sueño, ni mitiguen 245
sus regalados bálsamos mi pena.
Vuelve por fin con la risueña auro-
[ra
la luz aborrecida, y en pos de ella
el claro día a publicar mi llanto
y dar nueva materia al dolor mío. 250

¡oh fuerza del ejemplo *portentosa!*,
mi corazón palpita, en mi cabeza
se erizan los cabellos, se estremecen
mis carnes y discurre por *mis ner-*
[*vios*
un súbito *rigor* que los embarga.
Parece que oigo que del centro
[oscuro
sale una voz *tremenda,* que rom-
[piendo
el eterno silencio, así me dice:
"Huye de aquí, profano, tú 19 que
[llevas
"de ideas mundanales lleno el pe-
[cho,
"huye de esta *morada, do se alber-*
[*gan*
"*con* la virtud *humilde y silenciosa*
"*sus escogidos;* huye y no profanes
"con tu planta sacrílega este asilo".
De aviso tal al golpe confundi-
[do,
con paso vacilante voy cruzando
los *pavorosos* tránsitos, y llego
por fin a mi morada, donde ni ha-
[llo
el ansiado reposo, ni recobran
la suspirada calma mis sentidos.
Lleno de congojosos pensamientos
paso la triste y perezosa noche
en molesta vigilia, sin que *llegue*
a mis ojos el sueño ni *interrumpan*
sus regalados bálsamos mi pena.
Vuelve por fin con la risueña auro-
[ra
la luz aborrecida, y en pos de ella
el claro día a publicar mi llanto
y dar nueva materia al dolor mío.

19. Ms. 3809: *ni.*

Dejando a un lado las variantes de detalle, que no atentan al contenido, aquellas que han hecho cambiar el tema de la Epístola son las siguientes:

Versos 29-32: Han sido sustituídos por siete versos en la segunda versión. En la primera, la imagen de Enarda acosaba y perseguía al poeta en el asilo de la virtud; en la segunda, en vez de la imagen de Enarda se habla de la pesada cadena con que el mundo oprime a sus esclavos.

En el verso 47 *los parciales del placer* sustituye al *pecho esclavo del amor.*

Los *desdenes* del verso 50 pasan a ser *vanos deseos.*

Versos 56-63: Han sido cambiados por otros seis: la *imagen enemiga* se ha transformado en *los pesados grillos;* el *alma malherida de amor y angustia* en el *pecho traspasado de afán y angustia.*

En el verso 92 decía que entraba en el recinto umbrío y silencioso *a llorar tibiezas de una ingrata;* en la segunda versión entra *a pensar en su cruel destino.*

Los versos 122-154, que hablaban del pasado amor, han sido suprimidos. Por el contrario, después del verso 163 ha intercalado 49 más (vs. 164-212), donde se canta la felicidad del monje.

En todas estas fundamentales variantes observamos la sustitución de lo concreto (el amor por Enarda, sus desdenes y el dolor de Jovino) por lo general (parciales del placer, vanos deseos, pesados grillos, cruel destino).

c) Análisis de la versión inédita.

Jovellanos se nos aparece una y otra vez como un hombre que refrena su sentimiento amoroso, que teme ponerle demasiado de manifiesto. Tenía, de un lado, un concepto muy rígido de la justicia y del hombre que debe ejercerla; de otro, su corazón no poseía las cualidades que se necesitan para andar por el mundo con cierta volubilidad. Todo ello engendraba la entrega más honda al amor, considerado como una de las cosas más serias, y el refrenar el sentimiento pasional. Dicho en pocas palabras, Jovellanos fue el hombre de un solo amor, y si en su vida hubo más de una mujer, ninguna de ellas ocupó

el lugar de la anterior antes de que ésta lo hubiera abandonado definitivamente. Aun así, el primer amor, el de Enarda, ocupó su corazón durante años. Liquidado por primera vez en 1769, seguía vivo, pero ya pura melancolía, en 1775, y a la primera ocasión renace, en 1778, diez años más tarde.

Este poeta rígido y serio tuvo, parece ser, la desgracia de no lograr ser correspondido de la manera que él amaba. La volubilidad de Enarda contrastaba bastante con la firmeza de Jovino. Y ella le abandona una vez más. Estamos en mayo o junio de 1779.

Como alcalde del crimen se le encomienda por esos días un asunto que le obliga a pasar algún tiempo en el monasterio del Paular. Allí se presenta Jovino, con el alma lacerada por el nuevo desengaño. La soledad, lo sombrío del bosque, los claustros silenciosos, son la mansión oportuna para el dolor del poeta. La desdicha presente y la felicidad pasada, los deseos mundanales y la paz de los monjes, el alboroto de las calles ciudadanas y el silencio de aquellos tránsitos, todo ello engendra el mejor de todos los poemas amorosos que salieron de la pluma del poeta.

Todo él está lleno de contraposiciones. Es la primera la del verso 5 *(Jovino triste al venturoso Anfriso)*. La ventura de su amigo Colón de Larreátegui no consiste en ser amado de Lisi con mayor firmeza que la que Enarda ponía en sus relaciones con Jovino, pues adelante se hablará de los engaños de ambas: es que Anfriso logra la atención de las «soberbias ninfas del Manzanares». Colón sabía resignarse y buscar consuelo; Jovellanos, no. Jovellanos no amaba más que a una mujer, y no podía consolarse de la pérdida de ella con ninguna otra. De aquí que, puesto que esa mujer no le corresponde, no le da la felicidad, lo mejor sería huir del mundo y esconderse en aquel santo abrigo, que además le daría el reposo que no logra en medio de la corte. Esta aspiración de Jovellanos a la paz, retirado del tumulto de la capital, no era una imagen poética, ni estaba tampoco engendrada por un pasajero dolor del alma: quien sepa lo placentera que le resultaba la estancia en Gijón después de 1791, preocupándole sólo, por estar en concepto de desterrado, que no se le diese alguna señal pública de aceptación de sus servicios, pero no el no poder volver a Madrid, comprenderá que en los versos 14-28 Jovellanos nos cuenta un auténtico pensamiento suyo, que ahora liga al desengaño amoroso

El busca el reposo y la paz, y reposo y paz están allí, en los claustros silenciosos; pero el reposo y la paz no son sólo bienes externos al hombre: los encuentra quien los lleva dentro, y lo que ahora lleva dentro Jovellanos es la «divina imagen de la infiel Enarda», la inquietud funesta que altera su razón y sus sentidos. El sigue el impulso del destino fatal: las ideas de orden, de serenidad, de equilibrio, están en el poema como sueño, como la suma felicidad a que el poeta aspira, pero sin poder llegar a ella; la pasión y el desorden lo llenan todo; el destino le arrastra y anula por completo toda brizna de voluntad, de dominio clásico de la razón sobre las pasiones.

El poema se remansa. Jovino nos dice que busca en el valle, en el monte, en la corriente del río, por todas partes, la quietud perdida y que no la encuentra. Y entonces exclama:

> ¡Ay, Anfriso, qué escenas a mis ojos
> ofrece el cielo, de llorar cansados!,

versos con los cuales se da pie para una descripción del paisaje, que es extiende del verso 71 al 115. Hasta el 88, la descripción es totalmente objetiva; a partir del 89 en la descripción empiezan a mezclarse rasgos personales.

El sentimiento de la naturaleza había empezado en la poesía europea por motivar poemas descriptivos, a partir del gran iniciador del género, que fue Thomson, con sus *Estaciones* (1726). En 1779 comenzaba ya a declinar, para dar paso a un sentimiento de la naturaleza personal e intimista. Jovellanos acostumbra a intercalar en sus poemas estas descripciones objetivas, mezclándolas a veces, rasgo también muy del siglo XVIII, con consideraciones filosóficas y con alabanzas directas o indirectas de las obras de Dios. En la *Epístola del Paular* hay 17 versos de descripción objetiva, en la que el poeta queda al margen del paisaje, como mero contemplador, que, todo lo más, admira la belleza de la naturaleza. Pero a continuación se añaden veintisiete versos, en los que la visión objetiva se mezcla con apreciaciones personales, es decir, el paisaje empieza a cobrar un valor a partir del sentimiento del poeta: el recinto umbrío y silencioso será la mansión más conforme para un triste; la soledad, la sombra, el aire y el silencio excitan su dolor; por donde los rayos del sol no logran entrar

paseará, sin vergüenza, un infeliz, bañado en lágrimas; la inquietud del triste no es interrumpida por el canto de las aves, y los de la tórtola y el ruiseñor son tan lastimeros como su tristeza; y si el manso ruido del céfiro en las copas de los árboles recrea el alma, inmediatamente vendrá el revolar de las hojas desprendidas del árbol, que el seco otoño va despojando de sus galas de la primavera. Tema este del otoño también prerromántico: la estación clásica del Renacimiento era la primavera; los paisajes de fondo de la poesía bucólica eran siempre primaverales, y el amor, concebido como una explosión de vitalidad, vivía en medio de una eterna e idealizada primavera. El otoño sólo cobra un valor primordial en la segunda mitad del siglo XVIII: la tristeza, la melancolía, el desplacer de vivir no podían expresarse con un ambiente primaveral.

El poeta iba seguido a todas partes de la imagen de Enarda. Su pasión le acompaña también al bosque que rodea al monasterio. Si por unos instantes Jovino pagó el debido tributo a la moda descriptiva de su tiempo, que hoy se nos antoja muy poco poética, enseguida hubo de volver a su tema. En el verso 122 comienza de nuevo a hablarnos de su dolor, de sus lágrimas y de su destino. Como era de esperar, el aislamiento, el sumergirse en sí mismo le lleva a pensar en la felicidad pasada, comparándola con la desdicha presente.

Y llega la noche. Desde el verso 215 al final el poeta vuelve a los cauces del principio. El retorno a la celda del monasterio está visto plena y totalmente desde el lado sentimental, y por ello las ideas, las imágenes y los adjetivos no objetivizan la realidad externa al poeta, sino la realidad que el poeta, lleno de pasión y de desorden, cree percibir. El buen monje, o el hombre que se hubiera acercado al monasterio con el alma en paz, no hubiera podido sentir en su propia carne las impresiones que Jovino recibe: es que él no es él, sino el hombre que lo ve todo al través de su circunstancial estado de ánimo. Por eso los claustros son medrosos, pálido el reflejo de la luz y los pasos inciertos. Por eso se erizan sus cabellos y se estremecen sus carnes. Por eso cree oir una voz medrosa que rompe el eterno silencio y le manda huir y no profanar aquella mansión, a él que lleva el pecho lleno de ideas mundanales. Por eso pasa la triste y perezosa noche en molesta vigilia, y al llegar la luz de la aurora, que tan bella ha parecido a tantos poetas, Jovino la llama

«luz aborrecida», porque el día sólo le sirve para continuar su llanto y su dolor.

Todos los detalles de este pasaje de la noche anuncian una nueva sensibilidad poética, y esto se ha dicho ya más de una vez. Pero estos rasgos prerrománticos significan, sobre todo, que ha cambiado fundamentalmente la actitud del poeta frente a lo externo. En la poesía clásica el poeta podría sentir un gran dolor, y llorar incluso; la naturaleza participaría de este dolor, y habría una especie de comunión sentimental. En la *Epístola del Paular* la naturaleza sigue estando ahí, idéntica a ella misma, invariable, ajena al poeta: es éste quien la ve diferente, quien la juzga a través de su propio sentimiento. Los claustros objetivamente son silenciosos, aquí son medrosos; el bosque, el río, los vientos, las aves, ofrecen un sin fin de delicias, de objetos amables, de bellezas; hay frescores, sombras, murmullos de las aguas, ruido de los vientos, música de los pájaros. Aquí el poeta aun es capaz, por impulsos de la moda y por exceso de literatura, de ver todo eso; pero sobre todo lo ve como mansión de su dolor, como lugar apropiado para dar rienda suelta a la melancolía, para pensar en sus felicidades anteriores y en sus tristezas de ahora, para pasear, a impulsos del fatal destino, su pasión no contenida.

d) Relaciones entre ambas versiones.

No me ocuparé ahora de la segunda versión, que el lector conoce perfectamente. Apuntaré sólo algunos detalles. Y sea el primero que, mientras la versión inédita nos trae a la memoria bastantes versos de Garcilaso, en la publicada predomina más el recuerdo de fray Luis de León. Este cambio en las fuentes obedece a que la versión inédita era una elegía amorosa y la segunda es una especie de «rifacimento» de *La vida retirada,* con la fundamental contraposición, 'felicidad del hombre que vive a solas —desdicha del que arrastra la pesada cadena del mundo' La versión conocida es sin duda superior en belleza poética a la primera, pero ésta le lleva la ventaja de ser más auténtica. En la segunda versión el poeta llega al Paular lleno de las ideas del mundo, que pone en contraste con la paz que allí encuentra; pero le falta el desorden de la pasión, el alma dolorida por un grave contratiempo.

Esta versión ha merecido siempre grandes elogios de todos los críticos, que no conocían la primera. Quintana dice que hasta que Jovellanos compuso la *Epístola del Paular* y las dos sátiras, ni sus versos ni su estilo tienen, rigurosamente hablando, el carácter de verdadera poesía; «ya estos escritos lo son», añade, y por la belleza, brío y perfección con que están ejecutados, el autor «pudo ponerse en primera línea a par de los que entonces cultivaban el arte con más acierto y mayor reputación» 20. Para Nocedal, que cree que la segunda versión fue escrita directamente en el Paular, es una de las mejores composiciones del siglo XVIII, porque «brota espontáneamente del corazón, nace de la inspiración verdadera, y Jovellanos deja volar su fantasía por los ricos horizontes de la belleza moral y material que descubren sus ojos extasiados, y acierta su pluma con la dicción poética cuando su alma se ha empapado en las regiones de la más sublime poesía» 21. Nocedal cita aquí mismo el juicio de Cañete, para quien la Epístola era no sólo la mejor composión de Jovellanos, sino también la más perfecta y acabada de todo el siglo XVIII español. Menéndez Pelayo, en una nota polémica de juventud, llega a escribir: «Bien sabemos que Jovellanos hizo versos flojos y medianos, pero también es cierto que sus dos sátiras y la *Epístola del Paular* y quizá otras epístolas, son las mejores poesías castellanas del siglo XVIII, sin excepción alguna, aunque entren en cuenta las primeras odas de Quintana. Jovellanos fue en esos casos verdadero y grandísimo poeta, más sincero, más robusto, más espontáneo y más profundo que ningún otro de su tiempo». Años adelante subrayará también la manera tan feliz de expresar el efecto religioso producido por la contemplación de los claustros 22. Gerardo Diego califica de sublime el pasaje de la noche en el Paular, y lo cree «el momento más inspirado de Jovellanos y quizás de toda la poesía de su tiempo»; señala después que nunca el verso de don Gaspar «se conmovió de estremecimiento casi romántico, se humedeció de lágrimas y coloreó de reflejos como en esta meditación»; y después dice: «Admirable ecuación del paisaje exterior y del *estado de alma,* solución ro-

20. B. A. E., 19, pág. 155 *b*.

21. B. A. E., 46, pág. XIV

22. *Heterodoxos,* ed. Nacional, V, pág. 339, n. 1, e *Ideas Estéticas,* III, pág. 578.

mántica y eterna de un problema de estética, pese al ademán clásico y a las reminiscencias de fray Luis» 23.

Ahora que sabemos algo de la historia interna de la Epístola, podemos considerar a nueva luz tales juicios y tratar de perfilarlos. Ante todo, sabemos ya que la Epístola que surge espontáneamente del corazón de Jovellanos, en el mismo Paular, no es la honda meditación sobre la vanidad de los placeres del mundo, sino el poema del amor engañado. La segunda versión es una obra de gabinete, quiero decir, que no ha nacido directamente en los claustros y en el bosque del Paular, aunque los sentimientos en ella expresados sigan siendo auténticos. Pero lo que en ella queda ahora del estremecimiento casi romántico, de la ecuación del paisaje exterior y del estado de alma, de espontaneidad, de inspiración verdadera, todo esto procede de la primera versión, e incluso está en esta última con más propiedad. Gerardo Diego lo ha advertido inconscientemente, cuando hablando de la «admirable ecuación», advertía: «pese al ademán clásico y a las reminiscencias de fray Luis», porque donde ambas notas son más perceptibles es precisamente en un pasaje añadido, esto es, en los cuarenta y nueve versos que Jovellanos intercaló después del 163. También es cierto que el paisaje de la noche, que en la segunda versión incluye veintisiete de los versos añadidos, la contraposición juega un papel importantísimo: frente a la noche del monje que vive en paz, la noche del pobre esclavo del mundo. Pero esa noche del monje, maravilloso trozo poético, está sentida a través de los modelos literarios, concretamente fray Luis y Horacio (Horacio acaso a través del propio fray Luis), y no expresa un sentimiento en el que realmente se haya engolfado Jovellanos en el bosque del Paular. No, no se engañaba la intuición lírica de Gerado Diego. Por eso, cuando éste subraya la ecuación entre el paisaje exterior y el estado de alma, apunta precisamente a la Elegía amorosa, aunque él no la conocía, y no a la Epístola moral.

Esta, es decir, la segunda versión, además de ofrecernos muchos versos más limados y corregidos, arrebatará siempre por la bella expresión del impacto religioso sobre un alma atosigada por las preocu-

23. Gerardo Diego, *La Poesía de Jovellanos*, en *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*, 1926, págs. 223-225.

paciones del mundo; y será la mejor o una de las mejores composiciones del siglo XVIII. Pero la otra, la elegía, será uno de los más maravillosos poemas amorosos de ese siglo y una joya poética, en la que, salvando algunos trozos menos perfectos, se expresa, de modo hasta entonces no usado con tal intensidad, el sentimiento prerromántico de lo externo al poeta, es decir, cómo a partir de la intimidad del poeta el paisaje y el ambiente exterior se conforman a esa intimidad, subjetivamente.

Más temas de comentario ofrece la comparación de estas dos versiones, pero por esta vez es hora ya de poner punto final.

J. CASO GONZALEZ